

EL FIN ES EL ORIGEN, PARTE 1

Julio Antelo Reimers¹

¹ Graduado de Ingeniería Económica - UPSA.

Resumen

Todo viaje filosófico comienza debido a la curiosidad humana y la necesidad de saber y comprender. Ese viaje, si es serio y verdadero, se hace dentro de uno mismo. La mayoría de las cosas que se escriben o se dicen, ya han sido escritas y dichas antes. Para no repetir, para no trabajar el doble, para hacer un buen viaje filosófico, es imprescindible leer: la literatura, sobre todo los clásicos, sirve como guía para descubrir nuevas cosas (para nosotros) y cómo todo está conectado. Entender cómo todo tiene que ver con todo es la cura de todas las cosas.

Palabras claves: filosofía, origen

Abstract

Any philosophical journey begins because of human curiosity and our need to know and understand. That journey, if it's meant to be a serious and true one, is done inside yourself (your Self). Most things that are written and said nowadays have already been written and said; with that in mind, in order to not say something twice, or not to lose time, or to make a good philosophical journey, reading is a must. Literature, mostly the classics, is a guide to find and discover how everything is connected. Knowing how everything has to do everything is the cure for all problems.

Key words: philosophy, origin

ORIGEN O INTRODUCCIÓN

El Fin es el Origen, y todo está conectado. Poco puedo decir que no haya sido dicho, pero donde vea la oportunidad de hacer hincapié en este hecho, lo voy a hacer: la conexión es la cura para todas las cosas. Conexión con el Todo, con la colectividad y con uno mismo. Y si estas palabras te suenan livianas, sacadas de un libro de autoayuda, o de la serie *Dark* donde no se cansan de repetir que *der Anfang ist das Ende* y que *alles ist miteinander verbunden*, vení, te invito a dar un paseo más corto y menos profundo que el de Dante con Virgilio. Eso sí, tenés que estar abierto a estar en lo cerrado: a bajar, por un ratito, a un lugar oscuro donde no hay barandas para agarrarse; pero si tenés la predisposición, la luz siempre está al final del túnel—o al principio. Y como Borges, en el *Aleph*, cuando estés echado en el sótano oscuro, capaz ves todo al mismo tiempo.

Antes de empezar, quisiera comentar dos cosas, porque en estos tiempos no hay tiempo para comprometerse con muchas cosas, porque en estos tiempos hay que caminar de puntillas para no ser malinterpretado ni ofender a nadie, y

porque, según dicen, es mejor empezar una historia contando su fin. El fin, y el origen, de mi labor, es investigar cómo todo está conectado, y comunicarlo. Empecé diciendo que poco puedo decir que no haya sido dicho, y es por ese motivo que en este ensayo voy a hacer muchas referencias. Lo segundo, es que al haber aprendido que tengo pocas nuevas cosas para decir, y al haber profundizado en lo que me interesa de la mano de la literatura—que, como Dante, la considero una guía para ver la luz—, entiendo que la labor de una persona a la que le gusta comunicar conocimientos es *remixear* lo que ya se ha cantado y ponerlo en el contexto cultural de sus contemporáneos.

No es nuestra labor alarmar, despoticar sin proponer soluciones, ni, como bien dijo George Orwell en su ensayo *Los Escritores y Leviatán*, dejar escribir para nuestro partido político. “Vano es el discurso de aquel filósofo por quien no es curada ninguna afección del ser humano”, dijo Epicuro (Epicuro, *Obras Completas*, 1995), y en esta época en la que, por primera vez en nuestra historia, todos los humanos tenemos un micrófono

para opinar sobre cualquier cosa, hay mucho, muchísimo, discurso vano. Leer clásicos por encima de blogs y noticias, querer convertirme en un escritor de temas atemporales en vez de hablar de cosas limitadas por el *tiempo terrenal*, reencontrarme con mi amor juvenil por la historia y la filosofía, ahora habiendo fracasado y aprendido que no es como te prometen cuando entrás a la Universidad que “te vas a comer el mundo”, me ha llevado a ver la vida, las cosas exteriores y las interiores, con otros ojos. Durante los últimos diez años me encuentro obsesionado con el tema de estudiar relaciones porque conocer el origen de algo, a mí, me da paz; aún cuando la curiosidad es un árbol fractal terminable. Conocer el porqué, el motivo de algo, no solo sacia el hambre de conocimiento, sino que esa comprensión del pasado le permite a uno comprender el presente, lo que multiplica ese sentimiento interno de calma porque le permite a uno conciliar la realidad, y a la vez, tener expectativas realistas del futuro potenciando aún más la paz interior porque calma la ansiedad y otras afecciones mentales, tan propias de nuestra época. Con la literatura como guía, entender cómo todo está conectado es la cura para todas las cosas, y creo que mi misión es llevar forma de luz a la mayor cantidad de oídos posibles: alguno va a estar atento, escuchando. Pero tengo que hacerlo en contexto para no parecer tan loco y para que el trabajo sea efectivo.

Tengo que mejorar mi sentido común y ayudar a otros a que hagan lo mismo porque en lo colectivo, los efectos son como bolas de nieve. Y la coyuntura de nuestra sociedad cruceña está influida por lo que en su momento determinó la Iglesia Católica como positivo para la sociedad en la zona de influencia del Mar Mediterráneo. La filosofía, la ciencia y la religión comparten el mismo origen: el de estudiar conexiones para alumbrarle el camino al ser humano y enseñarle cómo debe comportarse, no por un tema de obligación moral, sino por un tema de sentido común, propósito

y supervivencia: somos parte de un sistema mucho más complejo en el que tenemos que cumplir nuestra parte; sino, es probable que destruyamos el sistema, aunque no creo que tengamos tanto poder: lo más probable es que el sistema se encargue de eliminarnos, como cualquier sistema natural, con millones de años de experiencia, cuando se encuentra con un virus.

FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA

Con todo este preámbulo, vamos a la base de nuestra cultura; aunque, ¿sabés qué? si el origen es el fin, no importa por dónde empezemos. Arranquemos con la luz prendida. Dice Juan que Jesús dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí” (Juan, 2005). La palabra *viene* aquí es clave—las palabras son siempre claves—porque implica que el Padre también está ahí y/o que Jesús es, también, el Padre. En el mismo capítulo 14 del Evangelio según San Juan se puede leer la promesa del Espíritu Santo y luego dice Juan que Jesús dijo: “Yo estoy en Mi Padre, y ustedes en Mí y Yo en ustedes” (Juan, Evangelio Según San Juan, 2005). Y aquí la trama se va complicando como si fuera serie alemana, siendo que estamos en el Mediterráneo. En este momento vamos a hacer una pausa para respirar y para que te cuente que ejemplos de trinitades, hijos del Dios creador enviados a la Tierra, que hacen milagros y caminan sobre las aguas, mesías, y divinidades del dios Sol, los hay en en varias culturas antiguas de influencia en cada continente. Los mayas, los chinos, los hindúes, los tiahuanacotas (que precedieron a los incas), los egipcios (que son los padres de los griegos, que son los padres de los romanos que son los padres de la Iglesia Católica) ... *Todo está conectado*. Las culturas antiguas del mundo, o se conocieron y compartieron conocimientos, o hay algo dentro del ser humano que le hace contar las mismas historias. Y con esto, bajemos un par de escalones y volvamos al “nadie *viene* al Padre sino por Mí”.

Hagamos un ratito un juego de lógica y digamos que Jesús representa el Yo o el Ser Individual o Interior—y aquí no es importante discutir su existencia histórica ni tu creencia personal—; Dios, o el Padre, representa el Todo, la colectividad, la Gran Conciencia, el Tao, Brahma, Huiracocha, o el Demiurgo de los griegos que habitaron cerquita, cerquita, del territorio de Judea y Galilea. Entonces, “nadie *viene* al Todo sino por el Yo”. ¿Te ubicás en esa frase que dice que “el cambio comienza por uno mismo”? Dice Platón que Sócrates y Critias dijeron: “conócete a ti mismo” (Platón, 2014), repitiendo una inscripción que había en el templo de Apolo en Delfos. Se *taggean* muchas fotos en Instagram con el *caption*: “Conocerte a ti mismo es el principio de toda sabiduría — Aristóteles”. Y es que, aunque suene a foto semidesnudo o semidesnudo escribiendo un libro de búsqueda personal, toda sabiduría empieza en ese lugar oscuro al que no nos gusta ir, al principio, que es dentro de nosotros mismos. Una vez superada esta etapa, una vez uno empieza el viaje de conocerse a uno mismo y sus propios porqués, puede avanzar en ese capítulo de la Biblia a la parte en la que Jesús le responde a Judas “(no el Iscariote)”: “Si alguien me ama, guardará Mi palabra; y Mi Padre lo amará” (Juan, Evangelio según San Juan, 2005). Otra vez la palabra... “Si alguien se ama, guardará su palabra y el Todo lo amará”. Comienza a tener sentido algo del positivismo, solo que no es pensar por pensar en cosas positivas ni una ley de atracción que es el “secreto”; primero, antes siquiera del purgatorio, como Dante y Virgilio, hay que *trippear* por el *Inferno*.

Empezamos un poco lejos dentro del Evangelio de Juan, aunque como la historia es circular, algo que obsesionó a Borges y que tuvo a vueltas a Cortázar, podemos empezar en cualquier parte. Pero vamos al Origen. Capítulo 1 del Evangelio según San Juan: “En el principio ya era el Verbo*, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron

hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En Él estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres. La Luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron” (Juan, Evangelio Según San Juan, 2005). Aquí la palabra *Verbo* es una traducción del griego *logos*, que también quiere decir *la palabra, instrucción o razonamiento*. “Creación por palabra”: una búsqueda rápida en Google de estas 3 palabras, una de 8 letras, otra de 3 letras y otra de 7 letras, te llevan en un viaje a un agujero negro para el que no tenemos tiempo y espacio en este momento. Solo dejame decirte que el 8 y el 3 son números de la serie de Fibonacci, que el 3 es el símbolo de la divinidad y la unicidad en muchísimas, muchísimas culturas, y que el 7... ya vamos a llegar ahí. Quedémonos, por el momento, con el 3 y una Santísima Trinidad bien nuestra: el Todo, el Yo y la Conexión entre los dos, esos momentos de iluminación en los que, en palabras de Albert Einstein, aunque “estamos por una breve visita y no sabemos con qué fin, a veces creemos presentirlo” (Einstein, 2016).

Einstein, en el mismo inicio del libro llamado “Mi Visión del Mundo”, dice: “El misterio es lo más hermoso que nos es dado sentir. Es la sensación fundamental, la cuna del arte y de la ciencia verdaderos. Quien no lo conoce, quien no puede asombrarse ni maravillarse, está muerto. Sus ojos se han extinguido” (Einstein, Mi Visión del Mundo, 2016). Ah, ahora que son palabras de Einstein ya no te suenan tan a charla de chamán en Samaipata, ¿no? Entonces sigamos con sus palabras: “Esta experiencia de lo misterioso— aunque mezclada de temor—ha generado también la religión. Pero la verdadera religiosidad es saber de esa Existencia impenetrable para nosotros, saber que hay manifestaciones de la Razón más profunda y de la Belleza más resplandeciente solo asequibles en su forma más elemental para el intelecto. En ese sentido, y solo en este, pertenezco a los hombres profundamente religiosos”

(Einstein, *Mi Visión del Mundo*, 2016). ¡Yo también, Alberto! Poco puedo decir que no haya sido dicho, además, hablando y escribiendo me reconozco menos que leyendo a otros. En palabras de Borges: “Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco menos en sus libros que en muchos otros o que en el laborioso rasgueo de una guitarra” (Borges, 1998). En mi caso particular, me reconozco, sobre todo, en algunos sonidos de los sintetizadores de Flume; en las voces de Bon Iver, Chester Bennington y Florence Welch; en las poesías de mi amigo Pancho de la infancia que tocan los Torcuatos, las de Fito y las de Julián Casablancas; en el *flow* de Lenny Kravitz, en la psicodelia de Tame Impala; en el *feeling* de Mac Miller; en el *chill* de The XX y Lane 8; y en todas las canciones y rasgueos de Tash Sultana. Y si me acabo de emocionar y te acabo de nombrar 13 artistas—que también es un número de la serie de Fibonacci—es porque, como dijo Edgar Allan Poe: “Quizá sea en la Música donde el alma alcanza de más cerca el alto fin por el cual lucha cuando el Sentimiento Poético la inspira: la creación de Belleza celestial” (Poe, 2017). Poe también dijo, en el mismo ensayo, que “el Intelecto se ocupa de la Verdad, así el Gusto nos informa sobre lo Bello, mientras el Sentido Moral se preocupa del Deber”; planto esta frase aquí porque tiene que ver con todo lo que estamos hablando, vamos a recoger sus frutos al final.

Y, por si acaso, para que no crean que me estoy yendo por las raíces, en este ensayo fue Einstein el que empezó con lo de la Belleza, no fui yo. Yo empecé con lo del viaje interior para conectar con el exterior. El camino al Todo es a través del Ser. En todos los sentidos de esas palabras—y volviendo a las palabras... volvamos al logos y al mito de creación por palabra. Y vamos bien al origen de este túnel cultural que atravesamos, nosotros, durante nuestra vida. Dice el Génesis, en el capítulo 1: “Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche, y sean para señales y

para estaciones y para días y para años; y sean por luminarias en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra». Y así fue. Dios hizo las dos grandes lumbreras, la lumbrera mayor para dominio del día y la lumbrera menor para dominio de la noche. Hizo también las estrellas. Dios las puso en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, y para dominar el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas” (Génesis, 2005). Más o menos por la misma época en que se escribió esto—que como ya dije y ya dijeron muchos otros antes, se parece a lo que dicen en casi todas las culturas antiguas importantes del mundo—, Platón escribía en el *Timeo*, que si bien es un libro sagrado pero no tan conocido, pronto se puede ‘hacer viral’ para los sudamericanos (tiene que ver con la Atlántida y un primo mío que se llama David Antelo, la respuesta a tu curiosidad está en YouTube), en el discurso de *Timeo* sobre la creación: “Cuando su padre y progenitor vio que el Universo se movía y vivía como imagen generada de los dioses eternos, se alegró y, feliz, tomó la decisión de hacerlo todavía más semejante al modelo...procuró realizar una cierta imagen móvil de la eternidad y, al ordenar el cielo, hizo de la eternidad que permanece siempre en un punto una imagen eterna que marchaba según el número, eso que llamamos tiempo. Antes de que se originara el mundo, no existían los días, las noches, los meses ni los años. Por ello, planeó su generación al mismo tiempo que la composición de aquél. Éstas son todas partes del tiempo y el «era» y el «será» son formas devenidas del tiempo que de manera incorrecta aplicamos irreflexivamente al ser eterno...El tiempo, por tanto, nació con el universo, para que, generados simultáneamente, también desaparecieran a la vez” (Platón, *Timeo*). Y aquí es donde se conectan la Biblia, los griegos, Einstein, el Mediterráneo la obsesión con los números y el origen de nuestra cultura: en la creación del *tiempo*, en el tiempo como algo... temporal. Muchos filósofos que hicieron o se metieron con la filosofía natural, como

Aristóteles, Margaret Cavendish, Thomas Hobbes, Anne Conway y Leopoldo Lugones (admirador de Einstein, admirado por Borges) dicen que el tiempo es una forma de medir el movimiento. Aquí hay que diferenciarlo de la *eternidad* del Todo porque el *tiempo*, dicen, nos lo inventamos los humanos para ubicarnos, y según los mitos creacionistas para eso se crearon los planetas, para darnos noche y día, meses, estaciones y años. Literalmente para que sepamos cuándo hacer qué cosa.

Ahora, bajemos a los números: ya dijimos que el 3 era símbolo de lo divino, y dicen que el 4 es símbolo de lo terrenal. Las 4 estaciones, los 4 puntos cardinales, los 4 elementos: aire, tierra, agua y fuego, que también nombra Platón en el Timeo, pero nos falta tiempo y espacio para hablar a fondo de esto... ¿viste que hay veces que faltan tiempo y espacio? En un sentido físico, psicológico, emocional, espiritual; siempre queremos “más tiempo” y “más espacio”. Lugones describe en su ensayo “El Tamaño del Espacio” a la Trinidad religiosa como “mera expresión geométrica del espacio euclidiano, así como el Paraíso y el Infierno son las expresiones de la correspondiente intuición cosmográfica” (Lugones, 1921), y también dice: “Posición o movimiento son condiciones esenciales para la ideación del espacio. Es imposible idear o concebir el espacio sino por referencia a una de ellas. Tomar una posición o efectuar un movimiento es engendrar espacio. Las tres dimensiones resultan, así, experimentales en él, constituyendo su *qué*, su *cómo* y su *cuánto*. Pero el tiempo, el *cuándo* diríamos en la misma dialéctica, constituye también una dimensión, aunque no es longitud, latitud ni profundidad. Describe la duración, que es ya otra dirección en el espacio” (Lugones, 1921). Y con esto volvamos y vamos acercándonos a la luz. Edith Stein (luego Santa Teresa Benedicta), en su libro “Sobre el Problema de la Empatía”, que de problema no tiene ninguno ni en la vida ni en el libro, dice: “Acción

es siempre creación de algo que no es” (Stein, 2004), que es lo que parece haber hecho Dios. Platón, en el Timeo, continúa: “La decisión divina de crear el tiempo hizo que surgieran el sol, la luna y los otros cinco cuerpos celestes que llevan el nombre de planetas para que dividieran y guardaran las magnitudes temporales” (Platón, Timeo). Podemos leer que son 5 planetas + el Sol y la Luna. Los 5 planetas son aquellos que podían ver bien los helenos en esa época, a ojo desnudo, ya que veían mejor y estudiaban porque no tenían redes sociales ni Netflix; y sí, lo pensaste bien, deberían ser los más cercanos a la Tierra: Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno (según sus nombres romanos). 7 cuerpos celestes + la Tierra = 8 (Fibonacci). Los días de la semana llevan los nombres de estos siete cuerpos celestes: Lunes (Luna), Martes (Marte), Miércoles (Mercurio), Jueves (Júpiter), Viernes (Venus), Sábado (Saturno o *Sabbat*), y Domingo, o día del Sol, dedicado a Apolo o al dios Sol, o al dios “Hijo del Sol”, o a la divinidad representada como o con un Sol de tu preferencia, según la cultura y el contexto del año en el que hayás nacido. En griego, estos planetas-dioses eran Sol, Luna, Ares, Hermes, Zeus, Afrodita, y Cronos. Dependiendo de tu religión descendiente de Judea, el séptimo día, el día que Dios descansó, es el día de adoración. Otra conexión: no solo los orígenes cristianos están muy ligados al Antiguo Egipto y la Antigua Grecia, sus orígenes más profundos son judíos, bien judíos, como aquellos a los que los cristianos se cansaron de perseguir en otros—no muy lejanos—tiempos; *just three people ago!* Como dice Joe Rogan en su stand up *Strange Times* que *stream* en Netflix luego de leer esto, como para quitarle seriedad al asunto.

Volvamos a los 7 cuerpos celestes. 3 es la divinidad, 4 es lo terrenal, $3 + 4 = 7$, y por eso quizás, para los cabalistas, conectadísimos con lo judío y lo cristiano, el 7 es la perfección. 7 son los días de la semana que es más o menos lo que dura

un ciclo lunar, 4 ciclos lunares para hacer un mes, 3 meses para una estación, 12 meses para hacer un año, pero ya no nos queda tiempo para hablar del 12. Quedará para otro momento. Porque no hemos terminado con lo más interesante del 7: el porqué somos hijos de Dios, los dioses, o el cielo. Estos 7 cuerpos celestes, según la tradición griega, eran dioses (y tenían nombres de dioses). Y a estos dioses, el Demiurgo, la entidad impulsora del universo para los antiguos griegos, les dio la orden de crear seres a su imagen y semejanza (porque si los hacía él mismo iban a tener alma inmortal—está todo en el Timeo). Por esto es por lo que los humanos, para los griegos, y para el resto del mundo influenciado por su cultura y filosofía, somos hijos de los dioses—es decir, creados por el planeta. O hijos de Dios. Y por eso es que el 7 es símbolo de la perfección, de la transformación, del movimiento, del tiempo, de la unión entre el Universo y la Tierra; por eso es que llevamos parte del Todo inmortal, eso que le llaman alma, que “entra en nosotros de forma violenta [nacimiento] y sale de nosotros en forma violenta [muerte]” (Platón, Timeo), porque toda transformación es traumática—igual que aquella cuando empezás el viaje dentro tuyo. Casi todas las culturas antiguas, que todavía conocemos hoy, que tienen un mito creacionista o una trinidad tienen, también, un dios que es el dios de la transformación, porque, y esto es física, el primer principio de la termodinámica, la ley de la conservación de la energía afirma que la energía no se crea ni se destruye, solo se transforma. Porque los planetas nos crean, a orden del Demiurgo, Dios o el Universo, es que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, ¿o es de los dioses? Porque, en el mismísimo primer capítulo del Génesis, se habla en plural: “*Hagamos al hombre a Nuestra imagen, conforme a Nuestra semejanza*” (Génesis, 2005).

FIN O CONCLUSIONES

Que los planetas transformen la energía que tienen para crearnos, que seamos

hijos de Dios o de los dioses, que hayan pasado tantas cosas en el Universo para que nosotros lleguemos a existir, ¿es gratuito? ¿es azar puro y duro? A veces me gusta pensar que sí, porque me hace sentir libre, pero ese peso de la libertad me hace desear que no sea así la cosa. El ser humano necesita bastones en los que apoyarse para caminar, necesita piso, seguridad, día, noche, estaciones; *tiempo* para poder hacer planes, para moverse, para engendrar espacio, para la acción creadora que no sé qué sentido tiene, pero como Einstein, cuando me toca el Espíritu Santo de la conexión y la claridad, a veces creo presentirlo. Además, si todo lo que fue ocurriendo después del Big Bang—de un lado dicen que si hubo Big Bang, ¿qué había antes?, del otro dicen que si no hubo Big Bang, ¿qué había antes?— ... si todo lo que vino después del Big Bang nos fue haciendo lo que somos ahora, somos un actor, principal o no, en la supervivencia del Universo y nos debemos a la colectividad, al Todo. Con miedo a sonar simplificador y reduccionista para algunos, creo que los mecanismos que tenemos los humanos, amor, empatía y cariño incluidos, son mecanismos creados por esa inteligencia superior creadora para ayudarnos a que sobrevivamos—ya sea como especie o como parte del todo. A esa inteligencia yo, personalmente, no le llamo Dios, ni energía, ni absolutamente nada porque no se puede nombrar, ni describir, ni siquiera comprender con nuestra cabecita llena de incongruencias y que a veces se dedica a cosas tan banales como sacarse *selfies* en un baño para compartirlas con *captions* de personas sagradas para la historia de la humanidad, o a usar la palabra para discutir en vez de para ponerse de acuerdo (que es para lo que la inventamos), o para apostar a resultados de fútbol y que nuestra alegría dependa de lo que hacen unos cuantos *pateacueros* de los que no tenemos idea en otras partes del mundo. Y aquí valga la aclaración, de nuevo, para que no me estén señalando en un futuro: a mi me gusta discutir y apostar a resultados de fútbol; es una incongruencia

en la lógica que no puedo evitar disfrutar y las contradicciones entre las cosas que hacemos y pensamos, son naturales en el ser humano. Sobre todo, cuando juzgamos, ya que juzgamos con verdades absolutas y actuamos con verdades relativas. A veces no entiendo lo que hacemos, a veces creo que no necesito entenderlo y solo aceptarlo, y a veces creo que no tengo por qué aceptarlo y que puedo hacer algo para cambiarlo. Migro de un estado a otro y el ciclo, la historia circular, las cosas que se repiten... todo comienza de nuevo. Pero no dejo de tener claro que yo trabajo para el Universo; sobre todo si el Universo trabajó para crearme. Y, probablemente, no solo me creó, sino que, como crea un humano una tecnología para ayudarlo a lograr *algo*, me va dando todas las herramientas para hacer ese trabajo que tengo encargado y me llenó de información que viene almacenando desde el principio de *sus tiempos*. Probablemente tengo toda esa información codificada dentro mío, quizás en el ADN, quizás en algún otro lugar que la ciencia va a descubrir en un futuro. Y así volvemos, otra vez, a la historia del viaje hacia el Universo a través del Ser, porque probablemente “todas las respuestas están adentro tuyo”. Pero, ¿las respuestas a qué? ¿A la verdad? ¿A mi verdad? ¿A la tuya? ¿A esas verdades que cada uno tiene, condicionadas por las cosas irrepetibles que vivió? Y si mi vida es irrepetible, también las de mis padres, y las de mis abuelos, y bisabuelos y así, *ad infinitum*.

Entonces, ¿soy especial? ¿Pero cómo puedo ser especial si soy tan parecido a tanta gente de todo el mundo? Si comparto los mismos afanes, las mismas reacciones básicas, si la historia se repite y desde que grabamos esta historia humana, las preguntas han sido las mismas y las respuestas son todas parecidas, pero aún así, hoy día, seguimos hablando, discutiendo y escribiendo de ello. ¿Cuál es *la* Verdad? Quizás, ese impulso de supervivencia mezclado con la aspiración convertida en ingenio y

creatividad para progresar y hacer las cosas mejores para mí y para mi especie. Quizás eso es muy chico, muy limitado. La Verdad, quizás, reside en conocer la Belleza de esta creación, finita o infinita, circular, en esos momentos de conexión donde comprendemos todo, no porque ya lo sepamos todo, sino porque sabemos que no podemos saberlo y lo *aceptamos*, y nos vemos envueltos, maravillados, en completa admiración con el misterio. Quizás la Belleza también reside en esos momentos de conexión: conmigo mismo, donde no existe nada más en el mundo, cuando comprendo cosas o me siento pleno o estoy escribiendo sin ser yo el que está escribiendo; con mis seres queridos, ¡en la alegría de dar y recibir amor! Y qué me importa que sea un impulso, un mecanismo, una tropa de químicos haciéndome creer que soy feliz y lo tengo todo—por algo será que se siente tan bien dar, ayudar, regalar algo. Y en la conexión con el Todo, en la observación de lo que muchos antes llamaron la Gran Bóveda Celeste y en mirar paisajes, todavía, con la admiración que tenía cuando era niño. Y en quedarme horas mirando las olas del mar, sintiéndome Hijo de la Tierra, del Planeta, del Sol, del Hombre, de Dios, de los Dioses: del Todo y de todos, de todo lo que vino antes de mí. Quizás la Verdad es asumir esa responsabilidad, pero sin el peso de tomárselo todo en serio. Quizás, si mis células saben lo que pasó antes saben lo que va a suceder después, porque conocen de información y de historia, y el destino existe; quizás no, porque yo, con mi cerebro, les ordeno a hacer lo que mi Voluntad quiere, aún cuando sea algo inconsciente como respirar o bombear mi cuerpo con oxígeno; quizás esa Voluntad no es mía sino de algo más grande que me maneja como yo creo que manejo mi cuerpo. Quizás la Verdad reside donde a mi me gusta residir: en ningún lado y en todas partes, al mismo tiempo; en ningún polo, en la armonía, en el equilibrio de todas las fuerzas, en el principio de conservación de la energía, en simplificar los procesos y la vida de los demás. En el medio, donde se pelean el bien el mal,

el caos y el orden, la noche y la luz: en cada vez que muere y vuelve a nacer el Sol en una explosión de colores. Quizás no haya trinidad sino dualidad del yin y yang chinos en todo momento—pero yo no nací en Asia y no me enseñaron eso. Quizás, quizás, quizás.

La conexión es la cura de todas las cosas: entender cómo todo tiene que ver con todo te permite conocer historia, tu cultura, entender el sentido de la tradición y tratar de corregir sus sinsentidos. Con base en eso se pueden construir mejores sistemas de asociación social, sean empresariales, institucionales o de Estado—que mientras más chicos, autónomos y conectados con otros guardando sana distancia, mejor—. Si entiendo de relaciones puedo relacionarme mejor con los demás, tener empatía, mejorar mi lógica y sentido común (¡Más Sentido Común, Por Favor!). Si empiezo a ver causas y efectos, *karma*, voy a llegar, inevitablemente, al famoso “solo sé que no sé nada”, hermano del “mientras más sé, menos sé”. Y mientras más sé, menos *soy*, y más *somos*. Pero para que seamos, primero tengo que ser Yo. Todo está conectado, y el fin es el origen.

SOBRE LAS CITAS BIBLIOGRÁFICAS

Todas las citas del presente artículo han sido sacadas de extractos publicados en la red de www.conectorium.com; las reflexiones personales aquí presentadas también han sido publicadas originalmente en la misma página y en mi libro “Más Sentido Común, Por Favor”.